

Historia  
de la  
América

LA INTIMIDAD DE LA HISTORIA

COMPILACIÓN DE ELIZABETH MIRABAL

de la  
América



## Compilación de *Elizabeth Mirabal*

---

### La intimidad de la historia

Edición, diseño interior y diagramación: Rinaldo Acosta  
Diseño de cubierta: Laura Llópiz

Impresión: Ediciones Caribe

Sobre la presente edición:

© Ediciones ICAIC, 2013.

© Fundación Alejo Carpentier, 2013.

ISBN: 978-959-304-139-3

Ediciones ICAIC

## **El diario perdido de Carlos Manuel de Céspedes**

*Eusebio Leal Spengler*

---

Permítanme comenzar agradeciendo este homenaje, que es poder iniciar el ciclo con la piedra angular del arco, quiere decir Céspedes; también, por la dicha de hacerlo aquí, en el lugar donde Lilia Esteban trabajó, y donde años antes su fraterno Alejo Carpentier, recorriendo las calles de La Habana, pudo imaginar los personajes de su obra portentosa.

Confieso que en las últimas horas, leyendo apasionadamente el diario de Carlos Manuel de Céspedes, recordaba a Alice Dana, la viuda de José de la Luz León,<sup>1</sup> quien puso en mis manos el inquietante legado. Fue en su casa, allá junto al Convento de Las Carmelitas, en El Vedado, en el propio despacho en que todavía reposaban el balón de oxígeno y la mesa utilizados por el autor de una bella semblanza de Ramón Emeterio Betances,<sup>2</sup> donde me entregó el sobre de manila con una dedicatoria: «Estos papeles son de mi Patria».

Alice me contó que unas semanas antes había ocurrido una agria discusión entre José de la Luz y un familiar. Al parecer, esta persona le reclamaba la entrega de ciertos documentos. Quizás con esa presunción, antes de partir yo a un largo viaje, él me pidió un encargo: «Si yo muero, por favor, y si es posible, haga publicar una nota en la prensa para que mis amigos lo sepan; que se escriba simple y sencillamente que José de la Luz León ha muerto en su Patria».

Había acudido muchas veces a conversar con él, porque estaba entregado a la reivindicación de ciertas mujeres en la historia de Cuba que habían sido calumniadas o subordi-

nadas a un plano secundario. En esa coyuntura, me habló de Ana de Quesada, la joven esposa de Céspedes, y los embustes que sobre ella habían caído durante su exilio en Nueva York, y, más tarde, en París. Escribía sobre este asunto, pero su muerte interrumpió el propósito.

Los papeles estaban ahora en aquel sobre sellado, que no abrí sino en mi casa, y encontré las dos libretas del diario que Hortensia Pichardo y Fernando Portuondo, entrañables maestros y amigos míos, buscaron ansiosamente durante años.

Recuerdo que un día, tiempo antes, alguien me obsequió un viejo libro —aquí comienza la historia— y dentro había un pequeño pedazo de papel, fragmento de una carta de Céspedes que, como curiosidad, el propietario del volumen había colocado en su interior y que parecía apuntar al contenido esencial del diario:

Bien pueden esos enemigos de Cuba (que no míos) aullar como lobos a vista de una presa codiciada. Mi conciencia está tranquila. Mi consagración a la causa, mis servicios, mis sacrificios están a la vista de todos los cubanos: los malos me atacarán; pero los buenos me defenderán...<sup>3</sup>

Aquel hallazgo fue como una profética anticipación. Corrí con ese papel a casa de Hortensia y de Fernando, quienes llenos de alegría lo incorporaron como un donativo personal al texto que preparaban sobre los papeles y documentos cespedianos.<sup>4</sup>

Como el epicentro de nuestros diálogos había sido muchas veces el destino de los manuscritos que conformaban el diario, Hortensia me había recomendado marchar a Santiago de Cuba, para tratar de localizar al doctor Angel Andrés Cué Ibadá, un historiador que consagró todo su tiempo a reivindicar la memoria del Mayor General Vicente García. Por un tiempo consideramos probable que él lo tuviese entre la valiosa documentación que llegó a acumular para

escribir una biografía, por cierto, inconclusa, del hombre de Santa Rita y Lagunas de Varona. Pero él no tenía el diario, y así me lo hizo saber en mi visita a El Caney en la primavera de 1973.

Conocíamos que inicialmente estuvo en poder de Julio Sanguily, que lo había comprado a los españoles y entregado más tarde a su hermano Manuel. A la muerte de este último, muchos investigadores se acercaron a la viuda de su hijo, Sarah Cuervo, pidiéndole documentos prestados con la condición de devolverlos luego, promesa que nunca se cumplía: los papeles quedaban siempre del otro lado.

De esa manera, muchos historiadores lograron terminar obras de investigación, y algunos muy generosamente depositaron luego los materiales en el archivo de la Oficina del Historiador. Es obvio que por esa vía cayó el diario en manos de José de la Luz León.

Así fueron llegando las cosas lentamente. Ahora tenía frente a mí lo inesperado, y el círculo se iba cerrando.

Empecemos con algunos elementos del diario.

La primera libreta mide 15,5 centímetros de largo por 9,2 de ancho, con sesenta y ocho folios, y la segunda, 22,5 centímetros de largo por 17 de ancho, con cuarenta y cinco folios. Una es la típica libreta de bolsillo y la otra, una libreta de escuela de pasta dura. En ambas, Céspedes escribió en letra cursiva, pequeña y con tinta, pero muchas de sus páginas aparecen sobrescritas a lápiz, lo cual, sumado a los efectos de la vejez del documento, dificulta y a veces imposibilita la legibilidad. Solo falta el folio correspondiente a los días 23 y 24 de noviembre de 1873, aunque, siguiendo la intensidad del escrito, no parece haber contenido ningún elemento esencial cuya ausencia pueda motivar especulaciones.

*El Diario Perdido* es impreso por vez primera en Zamora, España, en 1992. Debo admitir que si se intentaba publicar íntegro en Cuba en ese momento, muchos no habrían aceptado con variados pretextos. Fue un riesgo.

Cuando la edición llegó, sin nota alguna, se convirtió en un acontecimiento realmente relevante.

Carlos Manuel de Céspedes y López del Castillo nació en San Salvador de Bayamo el 18 de abril de 1819, y cayó en San Lorenzo el 27 de febrero de 1874, a la edad de 54 años.

Hay que insistir en que se trata del líder de la Revolución. Él se adelanta a los demás y plantea que las conspiraciones largamente acariciadas se conocen en todo el mundo. ¡Hay que alzarse! Esa determinación crea fricciones, porque muchos consideran que otros tendrían un mérito mayor, y algunos lo afirman. Sin embargo, no cabe duda según la biografía, que quien estaba signado por el destino y quien tenía la capacidad, el don personal y los atributos para serlo, era él.

De esta manera, el día del cumpleaños de la reina Isabel II, el 10 de octubre de 1868, se precipita el levantamiento. Estoy convencido, siguiendo la psicología de aquel hombre de pequeña estatura, fuerte como para soportar lo que le esperaba por un largo tiempo —casi cinco años—, que entra en la lucha armada cuando está ya en lo alto de su edad madura (le faltaban seis meses para cumplir 50 años, dato clave en el tema que nos ocupa).

¿Cómo lo describió en el diario en 1873, al conmemorarse un lustro de aquella fecha gloriosa? Dice:

Les hablé de las emociones que nos agitaban en las vísperas de 10 de Octubre de 1868 y de la resolución final que tomamos en ese gran día, cuando consideramos que a pesar de todo ello de ella iba a brotar la libertad de más de un millón de esclavos blancos y negros, concluyendo con los gritos que nos guiaban, al lanzarnos a la revolución: ¡Viva Cuba! ¡Muera España! Estos fueron contestados en medio de estruendosos aplausos y bajé de la tribuna a las voces de: «¡Viva el Presidente de la República!, ¡Viva Carlos Manuel de Céspedes!» Me dominaba un sentimiento de gratitud completo.

Aquel día en La Demajagua, cuando asisten a la vista del Golfo de Guacanayabo los que han sido previamente convocados, se va a plantar la semilla del que es sin duda el monumento más hermoso de Cuba construido por la naturaleza: el jagüey que fue levantando del suelo, años después, las ruedas y el eje del trapiche del ingenio, como aparece en las radiantes monedas de plata de la República de Cuba, acuñadas en 1952.

El 10 de octubre es por tanto el punto de partida, la ruptura de la coyunda. Como Alejandro Magno, Céspedes no se entretiene en cómo desatar el nudo; sencillamente lo corta de un golpe y anda.

En varios pasajes del diario evoca la revolución gloriosa de Yara. Hortensia siempre afirmaba que debía llamarse la revolución de La Demajagua, o el levantamiento de La Demajagua. Efectivamente, así fue. Pero es Céspedes el que explica. Dice que allí en Yara fue donde lanzamos el guante al rostro del opresor, donde por vez primera aparece la determinación de prevalecer en la lucha, cuando todo es confusión bajo la lluvia repentina, y el primer temor que inspira enfrentarse cara a cara a un adversario poderoso. Este suceso marcará, a mi juicio, el nombre del pronunciamiento, el modo de calificar el acto justiciero.

Carlos Manuel es el líder, y pasará algún tiempo sin que ocurran los acontecimientos medulares que van a lanzar a las armas —ya convencidos de lo que está ocurriendo en el extremo oriental— a camagüeyanos y villareños, quienes también se habían unido en fraternidades en las cuales conspiraron.

Pero el 10 de octubre tiene otro antecedente. Céspedes estaba prisionero a bordo de los restos del navio *Soberano*, perdido en la batalla de Trafalgar y traído como una ruina histórica al puerto de Santiago de Cuba, que se había convertido en un presidio. Según él mismo relata, Baracoa, Manzanillo y Santiago fueron escenarios de sus exilios dentro de la Isla, cuando regresa del largo periplo por Europa,

y se da cuenta —así lo expone en su poema autobiográfico «Contestación»— que no le juega la realidad de su país después de su visión del mundo, que ambiciona y sueña con un cambio trascendental para una sociedad menos armoniosa y resignada que la sociedad bayamesa o la cubana.

El día 20 de octubre se rinde finalmente la guarnición de Bayamo. A las puertas de la iglesia, hoy catedral, bajo palio, entra el Capitán General del Ejército Libertador de Cuba, y con él la bandera para recibir allí el tributo.

Muchos consideraron que todo eso era parte del esquema prudente de la actuación cespediaña, y trataron de encontrar un ala conservadora y una revolucionaria dentro de la revolución misma. En realidad, el núcleo más radical era el que Céspedes mismo representaba. Él, que había sido el actor del levantamiento y el principal en la toma de la capital de la Revolución, donde por primera vez un ayuntamiento fue integrado por hombres de la raza negra, a pie de igualdad.

También fue este el lugar donde se escuchó el himno patriótico que había compuesto su íntimo amigo, Pedro Figueredo, cuya hija, Candelaria, había ingresado a Bayamo llevando el traje de Cuba, similar al de Mariana, la heroína de la Revolución Francesa: el gorro frigio, la estrella solitaria, el pelo suelto —que era el símbolo de la rebeldía de las mujeres—, atado con las cintas de los colores republicanos... Y el pueblo, según la tradición, recibió en octavillas o en papeles, manuscritos o impresos, el texto que con el tiempo se liberaría de su antecedente formidable, *La Marsellesa* francesa, y se convertiría en el Himno Nacional de los cubanos.

Lo que ocurre desde ese momento hasta la deposición, es el camino azaroso para encontrar cómo llevar adelante el liderazgo de la Revolución, atado —como explicaría Martí en su magnífico elogio de Céspedes y de Agramonte— a la Constitución de Guáimaro, como un sueño democrático

que sin embargo no podía aplicarse a un país donde el ejército y el gobierno que iban a constituirse no eran dueños más que del espacio que pisaban sus caballos.

El 10 de abril de 1869, en la Asamblea de Guáimaro, Céspedes se sometió al voto general. Escuchó allí las palabras de Ana Betancourt en nombre de las mujeres y profetizó que ella se había adelantado a su época.<sup>5</sup>

¿Cuál era esa época que imaginaba? Él también se anticipa al tiempo, sueña con una república democrática y liberal. Sus conceptos, afianzados en ideas que entonces, más aún en Cuba, se consideraban profundamente revolucionarias y radicales, tenían el toque romántico que distinguió a los hombres de aquella centuria.

Pero, ungido a la Constitución, el Presidente se convertirá en un empleado de la Cámara de Representantes, en un funcionario, y el liderazgo será necesariamente limitado.

Ese espacio chocará con la designación que hace Céspedes del mayor general Manuel de Quesada como jefe del Ejército. Él va a ser su cuñado, pues contrae matrimonio con una joven vehemente y bella que se llamaba Ana de Quesada, hermana de los generales de la gesta restauradora en México que contaban con amplias relaciones en el continente americano.

Tanto Manuel como Rafael de Quesada estaban profundamente convencidos de que él era el hombre, en el momento en que desiste del título que va unido al cargo de Comandante en Jefe o Capitán General del Ejército Libertador. Con una gran oposición por parte de algunos de sus principales jefes y colaboradores, nombrará a Manuel, y surgirá un cisma que terminará con la sistemática oposición a lo que este traía como experiencia vivida en la lucha contra los ejércitos de la intervención extranjera y la reacción mexicana.

La deposición de Quesada es el primer aviso. Cuando la Cámara lo impone y Céspedes le encomienda partir en comisión extraordinaria a los Estados Unidos, se habrá creado

una escisión que a lo largo del diario aparece representada como el duelo entre dos facciones en el exilio cubano: los que seguían al rico magnate cubano Miguel Aldama y Alfonso —unido a toda la élite del pensar y del poder cubanos asentada en La Habana, y cuyo palacio frente al Campo de Marte era el símbolo del poderío material del criollato—, y el grupo que apoyará a Manuel de Quesada. Esta situación se irá acentuando en el tiempo. La agencia cubana en Nueva York se convertirá en un verdadero campo de batalla, y uno tras otro serán sustituidos los representantes legales de la Revolución, para que finalmente la Cámara acuerde sancionar a favor de Aldama el título de «Benemérito de la Patria».

Céspedes queda agraviado y Quesada no podrá regresar a Cuba con la expedición que debía conducir. Tampoco pudo volver el Vicepresidente de la República, Mayor General Francisco Vicente Aguilera, que en una dramática foto que se conserva en la Biblioteca Nacional, luce escuálido, lacerado por el cáncer, en un féretro envuelto en la bandera cubana. Aguilera, a quien un biógrafo llamó «El Precursor sin Gloria»,<sup>6</sup> estará también involucrado, queriéndolo o no, en esta lucha faccionaria que surge en el exterior y que se proyecta hacia Cuba.

La Cámara heroica será mermada además por los rigores de la contienda. Unas tras otras irán cayendo las figuras que intelectualmente tenían un mayor peso en el cenáculo de la dirección de la guerra, que se democratiza cuando se va derrumbando, lenta e inexorablemente, el poder, o aquella vanguardia económica que la había convocado; es decir, «los patricios que vivían en la inocencia culpable de sus posiciones sociales», como señaló Martí.

En las citas, se ve cómo el propio autor no está exento de esos prejuicios y enfrenta todavía los viejos conceptos del señor que fue, con el bastón de puño de oro, la caña forrada en carey puro, los ojales para el mando, el gran diamante en el anillo, el traje elegante, el pelo largo y peina-

do, cual aparece en el hermoso retrato que su nieta Alba de Céspedes donó a la casa natal en Bayamo, y en otro que fue expuesto en Nueva York durante los funerales de Céspedes y que tuve el honor de traer a Cuba.

Al mismo tiempo se verifica a lo largo de toda la narración su certeza de que lo espera la muerte después de la deposición, que había tenido lugar el 27 de octubre de 1873 por voluntad de la Cámara de Representantes en un acto jurídicamente válido. A partir de ese momento, permanece por espacio de dos meses a expensas de la determinación del gobierno sobre su destino, como vulgar rehén, sin poder explicarse la razón por la cual era detenido.

Asistimos a un choque de caracteres y a un país sometido a una guerra bárbara que no se ha contado suficientemente todavía. Antonio Piralá, cuyos libros<sup>7</sup> nunca he terminado de leer, narra el paso de las tropas españolas por lo alto de los montes, y aparecen, como rastro de su paso, los ahorcamientos de familias completas, el macheteo a las mujeres, el llevarse a las niñas..., toda la tragedia que ocurre en el país. Por otra parte, los cubanos, en represalias terribles, como el propio Céspedes dice, hacen lo mismo.

En el campamento de Bijagual los prisioneros ven con alegría cómo se desmorona el poder revolucionario y son capaces de mostrar regocijo ante la deposición del que sería llamado luego Padre de la Patria, puesto que sacrificó a su hijo, a su hermano, a su sobrino, a su familia toda.

Por otra parte, la caída de Ignacio Agramonte, el 11 de mayo de 1873, va a significar también el ocaso del Abel de esta historia.

Todo su desencanto aflora en las cartas que logra enviar a Ana de Quesada, al describir dramáticamente cómo existe en su entorno una conspiración que terminará con su vida por puñal o por envenenamiento. Ello explica también por qué en el diario es severo en extremo al enjuiciar a los miembros de la Cámara. Solamente alguno —después—

pudo reivindicarse de aquellos dictados terribles, y con iguales o parecidos sacrificios a los de Céspedes, enfrentar el juicio de la historia.

Ciertamente, las opiniones que emite Céspedes sobre sus contemporáneos son dramáticas, pero al mismo tiempo nos hablan de su humanidad, una humanidad que a veces puede ser polémica, como lo somos nosotros mismos. Y es que el Presidente es un ser humano que ha sido exaltado a una posición de tal responsabilidad, que se verá acosado en su talento, en su ingenio y en su amplia visión del mundo.

El diario refleja parte de su conocimiento, de su dominio de los idiomas, de su capacidad de estar informado de lo que pasa en el exterior. Es posible rastrear cuándo los botes llegan furtivos a las costas de Oriente y entregan, a un correo que espera, los periódicos de Nueva York o de Madrid; Céspedes refiere lo que ha leído en ellos y, entre letra y letra, entre pensamiento y pensamiento, da cuenta de los precios del oro, del valor de las libras esterlinas, de cómo se derrumba la moneda española, de la situación precaria de la primera República española. También de cuando es apresada la gran expedición del *Virginus*, que llegaría a Cuba trayendo a un grupo de jefes y oficiales, entre ellos a su hermano, el mayor general Pedro de Céspedes, gobernador de Oriente, los cuales fueron sacrificados, casi todos, en Santiago de Cuba, el 4 de noviembre de 1873.

Aquel día dan muerte también al General Bernabé Varona, uno de los héroes camagüeyanos; fusilan al Coronel canadiense William Ryan, al Coronel Jesús del Sol... El sargento del Morro de Santiago pregunta en voz alta en la galera: «¿Hay entre ustedes algún Céspedes o algún Quesada?». Un veinteañero grita: «Yo soy Herminio de Quesada, hijo de Manuel de Quesada». Y lo fusilan también. Es su sobriño político.

Esas noticias van llegando, y están dispersas en las anotaciones de varios días.

Martes 28 de octubre. Se le comunica su deposición:

La Historia preferirá su fallo. A todos he recomendado la prudencia y que sigan sirviendo a Cuba, como yo lo haré mientras pueda. Los prisioneros enemigos presenciaron la escena de la deposición con mal encubierto regocijo... Nada de esto necesita comentarios. ¡Pobre Cuba! En cuanto a mí, solo diré que estreché la mano del que me trajo la deposición, [José Cabrera] diciéndole: «¡Gracias, amigo mío. Me ha traído usted la libertad!».

Los días 14, 15 y 16 de noviembre de 1873 se tienen las primeras noticias del desastre del *Virginus*, pero son inciertas.

Domingo 16 de noviembre. «Como a las cuatro y cuarto de la tarde, a pesar de estar malo de la cabeza, fui al entierro de

Maceo...». Está hablando de Francisco Maceo Osorio, rico terrateniente que tenía sus posesiones cerca de La Demajagua y que va a lanzarse temprano a la lucha. Será uno de los principales detractores de Céspedes. Sin embargo, véase cómo describe el final de este hombre, que muere de fiebres y de hambre:

Estaba algo alterado de facciones y se le había prolongado la nariz, lo habían vestido con decencia, atándole un pañuelo de la cabeza a la barba, y lo habían puesto dentro de una especie de caja larga, sin tapa, hecha de varitas verdes. Asistieron varias otras personas y presidimos el duelo Jesús Rodríguez y Fernando Figueredo; a mí me incorporaron a ellos, como Venerable maestro de la logia, cargándole cuatro libertos semidesnudos y por una veredita estrecha y tortuosa bajamos, cerca del río Guamá, a un llanito donde estaba cavada la fosa bastante baja. Fue preciso ensancharla un poco para que entrara la caja. Aunque sin ceremonias, los masones le echamos un puñado de tierra: luego se le cubrió enteramente y por últi-

mo se le pusieron encima muchas piedras sueltas; ordinario túmulo de los mambises. Allá despedimos el duelo y volvimos a la casa mortuoria, en la que nos dieron a cada uno una taza de café, y finalmente en dispersión regresamos a nuestros ranchos... ahora yace en una tumba oscura, lamida por las aguas de un río desconocido y acompañado solamente por los aullidos de los perros jíbaros.

Por otra parte. Céspedes se queja en el diario de que su esposa haya tenido que embarcarse de Cuba. Y es que, deseoso de alejarla de los riesgos que corría, determinó su salida, por cierto, en compañía del poeta Juan Clemente Zenea, quien había aceptado la discreta misión que desde su bufete, cerca de aquí,<sup>8</sup> le había tramitado con el gobierno español de Salmerón una de las figuras más honorables de esa época: don Nicolás de Azcárate. Dicha misión suponía un pasaporte para que Zenea ingresara en las líneas mambisas, llegara a Céspedes y le transmitiera un mensaje: «Los españoles quieren, en este momento, una negociación favorable para usted».

A estas alturas el hombre de La Demajagua ha sufrido no solo penurias, también desconcertantes situaciones y daños en su familia, destrucción de sus bienes, persecución de sus amigos... Ya la guerra se ha convertido en sangrienta y asoladora; se vive el drama de la mujer, de los niños; aparecen las violaciones, los degollamientos, el relajamiento de las costumbres tanto en la parte cubana como en el accionar de los españoles, lo mismo en tropas regulares que en guerrillas.

Empero, el emisario se sorprende con su entusiasmo, con su confianza en la victoria a pesar de las circunstancias. Y es cierto, en muchas partes del diario, en momentos harto difíciles, estampa al final: «¡Viva Cuba!», como reafirmación de su fe profunda.

Céspedes lo escucha, pero Zenea no tiene el valor de explicar el motivo de su viaje. Al final, su interlocutor le en-